

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

Conflicto, movilización obrera y proceso de trabajo en la industria gráfica (1930-1976).

Ghigliani y Pablo.

Cita:

Ghigliani y Pablo (2013). *Conflicto, movilización obrera y proceso de trabajo en la industria gráfica (1930-1976)*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/763>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia 2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 89

Título de la Mesa Temática: Historia social y económica del capital y el trabajo en la Argentina (1930-1976). La evolución de los procesos de trabajo y la organicidad obrera.

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Nieto, Agustín y Santa Cruz, Claudia.

Organización de la industria gráfica y conflictividad laboral (1940-1960)

Pablo Ghigliani

(CONICET / IdIHCS – UNLP)

pablo.ghigliani@gmail.com

Organización de la industria gráfica y conflictividad laboral (1940-1960)

Pablo Ghigliani

Presentación

Mi objetivo original era analizar la relación entre proceso de trabajo, conflicto y movilización obrera en la industria gráfica entre 1930 y 1976. No obstante, debido a dificultades teóricas y documentales reduje el alcance de las metas de la investigación. La ponencia terminó por concentrarse en el papel de la organización sectorial de la industria en la conflictividad laboral en las décadas de 1940 y 1950. El proceso de trabajo propiamente dicho, elemento central en el recorte original del objeto, pasó a ocupar un lugar secundario en la pesquisa. El artículo se divide en dos partes. La primera explora brevemente los pros y contras, tanto teóricos como metodológicos, encontrados en los enfoques consultados para la investigación de la vinculación entre procesos de trabajo, conflicto y movilización. La segunda ofrece un esbozo de la estructura, la base técnica y la organización de la rama gráfica y describe luego la vinculación entre la división sectorial de la industria y los conflictos laborales del período.

Primera parte: la teoría

a) El proceso de trabajo en la historiografía local

La historiografía argentina sobre el movimiento obrero ha mostrado poco interés por el proceso y la organización del trabajo. Desde hace unos años, sin embargo, un grupo de historiadores nucleados en torno a la revista *Razón y Revolución* colocó el tema en el centro de su agenda.¹ El principal interés del grupo ha sido reconstruir el desarrollo de los regímenes de producción en diversas industrias, entre ellas la gráfica, siguiendo el esquema trazado por Karl Marx en *El Capital*. Por lo tanto, las investigaciones tendieron a concentrarse en la reconstrucción de la secuencia cooperación simple –

¹ Esta agenda fue tomando forma a partir de los trabajos de Sartelli, Eduardo (2001) “La transformación de los procesos de trabajo en la Argentina actual. El *fast food* y el desarrollo del régimen de gran industria”, *Congreso ASET*, Buenos Aires y (2001) “Para comer una Hamburguesa. El estudio de los procesos de trabajo, el debate Braverman y el ‘*fast food*’ en Argentina”. *Razón y Revolución n° 7 (reedición electrónica)*, (<http://www.razonyrevolucion.org/textos/revytr/prodetrab/ryr7Sartelli.pdf> - 20/5/2013).

manufactura – gran industria entre fines del siglo XIX y mediados del siglo XX. Para el caso de la industria gráfica esta trayectoria fue estudiada en detalle por Damián Bil.²

Este autor analiza los principales cambios producidos entre 1870 y 1940 en cada una de las etapas (o secciones) en las que se dividía la producción de las principales mercancías de la industria gráfica y demuestra que la introducción de maquinaria desplazó los saberes de los operarios y descalificó las tareas.

Si el ingreso al país en 1901 de las primeras máquinas linotipo simbolizó el pasaje de la manufactura moderna al régimen de gran industria, fue recién entre 1920 y 1940 que éste último se extendió y profundizó la mecanización y la incorporación de nuevas técnicas en prácticamente todas las secciones más importantes de la rama (composición, producción de imágenes, impresión, encuadernación). Esta creciente objetivación del trabajo tuvo como resultado un aumento de la productividad, la reducción de los planteles, el crecimiento de la desocupación entre los gráficos y la simplificación de las tareas. Es precisamente en este período, en particular durante la década de 1930, que el régimen de gran industria se desarrolló plenamente también en la impresión de diarios con la incorporación de modernas rotativas que abarataron la producción e impulsaron aún más las tiradas masivas.

Bil enfatiza la descalificación generada por la progresiva maquinización. Para ilustrarlo destaca el crecimiento del número de mujeres empleadas en secciones tradicionalmente masculinas como la imprenta; o la incorporación de mujeres y niños en encuadernación. Asocia la simplificación general de tareas con la rotación de la fuerza de trabajo entre diferentes secciones, y detecta en ello una tendencia homogeneizadora de la clase obrera de la rama.

El autor establece una vinculación explícita entre las luchas obreras y el proceso de trabajo, al que considera como una determinación clave de los medios de lucha y organización de los trabajadores. Por ejemplo, el libro liga la organización por oficios con una etapa precisa del desarrollo de las artes gráficas, mientras que presenta la homogeneización de la clase como la base material de la emergencia del sindicato por industria. A un nivel más concreto, explica la debilidad de los linotipistas durante la huelga de 1919 por su progresiva descalificación y más fácil reemplazo, mientras que

² Bil, Damián (2007) *Descalificados. Proceso de trabajo y clase obrera en la rama gráfica (1890-1940)*, Buenos Aires: Razón y Revolución.

sugiere que el resultado favorable de la huelga salarial de 1936 fue el fruto de la mayor centralización del gremio, derivada, a su vez, de la creciente homogeneización.

Sin duda, la investigación de Bil es la contribución más importante que existe en Argentina sobre los procesos de trabajo en la industria gráfica. Por un lado, permite conocer con precisión la situación del sector a principios de la década de 1940; y por lo tanto, es el punto de partida obligado de esta investigación. Por otro lado, ofrece una explicación teórica convincente sobre la vinculación entre procesos de trabajo y lucha obrera. Con todo, su horizonte teórico es de limitada utilidad para los fines de esta ponencia. Una vez registrado el desarrollo del régimen de gran industria su potencial analítico se desvanece. Es posible seguir el hilo del avance tecnológico, y con ello, de la objetivación creciente del trabajo en la industria, pero no lo es tanto, ligar causalmente este fenómeno a los patrones de conflictividad de las décadas del 1940 y 1950. Sobre todo, si abandonamos la relación extremadamente lineal que el autor establece entre objetivación, descalificación y poder obrero. Y aún más, si aceptamos que la pérdida de una determinada calificación no inhibe que se desarrollen otras y que se reproduzca en un nuevo contexto la dependencia relativa del capital respecto de las habilidades y los conocimientos de los obreros.

Por el contrario, Bil opta por esquivar los vericuetos analíticos y reafirmar, sin más, la tendencia general hacia la descalificación, lo que por cierto, esta ponencia no niega. El libro reconoce, por ejemplo, que el aprendizaje es, entre otras cosas, una política gremial dirigida al control del mercado de trabajo. Pero no duda en que los tres años establecidos en el convenio colectivo de 1906 para acceder a la categoría de tipógrafo expresaban de manera objetiva la complejidad de las tareas en la época. Ni que el tiempo de aprendizaje de los convenios colectivos de la década de 1940 era una simple obsolescencia sin base técnica alguna; una derivación del poder de negociación gremial cuya sola función era la de mantener los niveles salariales mediante la defensa de calificaciones, en parte, ficticias. No pongo en duda que fuera más arduo el aprendizaje de un tipógrafo en 1906 que, por caso, en 1940. Ni que como consecuencia el reemplazo de un tipógrafo fuera dificultoso, que contara con una gran discrecionalidad en sus tareas, y que ejerciera un mayor control sobre el ritmo de su trabajo. O inversamente, comparto que la tarea de un linotipista a principios de los cuarenta era más sencilla de aprender y su reemplazo menos complicado. Pero aún así, sigue siendo posible sostener que dado el marco tecnológico de la época un linotipista ocupaba una posición

estructuralmente importante en la industria, que no puede ser deducida sin más de su calificación. Volveremos sobre este punto en la próxima sección.

En síntesis, considero que los postulados teóricos de los que parte Bil son claves para captar las determinaciones fundamentales de los procesos de trabajo, la tendencia general a la descalificación y la composición de la clase obrera, pero vacuos para las metas planteadas en esta ponencia, si no se avanza hacia conceptos y categorías que operen a un nivel mayor de concreción. En particular, el modo en que aborda el problema de la relación entre calificación y poder obrero es un obstáculo para esta investigación.

b) El núcleo duro de la teoría sobre el proceso de trabajo

En el centro del enfoque de Bil se encuentra la tesis de Harry Braverman sobre la tendencia a la descalificación del trabajo en el capitalismo.³ Desafortunadamente, el libro no explora las discusiones que le siguieron, y que decantaron en lo que Paul Thompson bautizara hace dos décadas, como el *núcleo duro de la teoría sobre el proceso de trabajo*.⁴ El atractivo de estas discusiones fue, precisamente, que partieron del reconocimiento de que para explicar el comportamiento histórico concreto de los trabajadores, y sus organizaciones, era necesario trascender los fundamentos abstractos sobre los que descansan las relaciones entre las clases sociales en el capitalismo.

La premisa teórica sobre la que descansa todo el debate es el carácter único de la fuerza de trabajo en tanto mercancía; lo que Paul Thompson siguiendo a Craig Littler, denomina la indeterminación central del proceso de trabajo. El concepto refiere a la imperiosa necesidad de transformar la propiedad legal de la mercancía fuerza de trabajo en una posesión real, esto es, de transformar su potencial abstracto en una determinada cantidad de trabajo concreto en condiciones que permitan la acumulación de capital. Así entendida, la premisa contiene la disputa sobre la relación precisa entre esfuerzo y retribución como un componente más de la lucha en torno a las condiciones de explotación del trabajo.

³ Braverman, Harry (1974) *Labor and Monopoly Capital: the Desintegration of Work in the Twentieth Century*; London: Monthly Review Press.

⁴ Thompson, Paul (1983) *The Nature of Work. An Introduction to Debates on the Labour Process*; London: Macmillan.

De esta premisa se desprenden los cuatro elementos centrales que componen el núcleo duro de la teoría. Primero, que el foco privilegiado del análisis debe ser la relación capital/trabajo. Ello entraña el reconocimiento de la explotación pero también que algún tipo de calificación y capacidad creativa de la fuerza laboral es un requisito que el capital no puede eliminar. Segundo, que la lógica de la acumulación conlleva una tendencia inherente a revolucionar constantemente el proceso de producción. Fruto del antagonismo entre capital y trabajo, esta tendencia se le impone a los capitales individuales por medio de la competencia inter-capitalista, lo que no significa que puedan derivarse de la misma las características concretas y específicas que asumirá el proceso de trabajo. Aunque la teoría acepta que este antagonismo impone límites precisos al uso de las capacidades creativas de los trabajadores y la eliminación de controles jerárquicos, es decir, la tendencia a la descalificación, postula también que ello no significa, por tratarse precisamente de una ley tendencial, un movimiento permanente hacia la descalificación, la fragmentación, la separación entre trabajo manual e intelectual, el control jerárquico. Ello es así, tercero, porque el mercado y las especificaciones del contrato laboral son impotentes para regular por sí mismos el proceso laboral lo que se traduce para el capital en un imperativo de control efectivo sobre la fuerza de trabajo. Pero, nuevamente, ello nos dice poco acerca de la naturaleza, las características y los niveles en que se ejercerá dicho control. En cuarto lugar, considera que el antagonismo estructural entre capital y trabajo no se manifiesta siempre necesaria e inmediatamente a través de conflictos abiertos y que el capital se ve conminado a ir más allá de la pura coerción y el ejercicio desnudo de control.

Este cuerpo de ideas tiene sus atractivos para los objetivos planteados en la ponencia. Entre otros, el esquema esbozado permite integrar la lucha salarial al estudio del proceso de trabajo a través de la dimensión, sin duda parcial pero empíricamente significativa, de la relación esfuerzo/retribución. Mientras reconoce la tendencia general a la descalificación postulada por Braverman y puesta en el centro de su trabajo por Bil, se mantiene alerta a las contra-tendencias que impiden deducir de los fundamentos generales los rasgos concretos del proceso de trabajo. Por último, invita a investigar la conflictividad latente o encubierta inherente al antagonismo estructural que define a las relaciones capitalistas.

Sin embargo, y como señala Stephan Jaros, se trata de una teoría de rango medio cuyo foco es el lugar de trabajo, o a lo sumo, un conjunto de establecimientos mediante una

metodología comparativa.⁵ Su interés es, sobre todo, la realidad cotidiana de la explotación y la lucha en torno al proceso de trabajo y los sistemas de control. Por el contrario, en toda rama de la industria conviven una gran diversidad de tecnologías, sistemas de control, formas de pago, calificaciones. La teoría no posee una aplicación evidente e inmediata para huelgas y conflictos industriales de carácter general. Con todo, sus sugerencias son útiles, y serán retomadas más adelante.

c) ¿Y John Womack Jr.?

En el 2007, la publicación del libro de John Womack, *Posición estratégica y fuerza obrera*, generó enormes expectativas; por el contrario, su lectura, una vez digerida su erudición abrumadora, corroboró que la promesa había sido exagerada. No obstante, su polémica (lacerante, unilateral, muchas veces injusta y ciertamente sobreactuada) contra los estudios que en un exceso culturalista terminaron desconectando sus consideraciones de las bases industriales y técnica del poder obrero, no dejó de tener cierto halo reparador.

El libro recupera la vieja idea de John Dunlop sobre la existencia de posiciones estratégicas determinadas técnicamente dentro del proceso productivo de una planta, de una compañía o de la economía en su conjunto, que les permiten a ciertos obreros interrumpir las actividades productivas de otros muchos trabajadores.

Según Womack, su insistencia en este punto, no tenía otra intención que la de invocar la escritura de

historias industriales o técnicas del trabajo, para poder ver en cualquier estudio qué tipo(s) de posiciones estratégicas ocupaban los obreros (si es que ocupaban alguna), incluidas (si las hubiere) las posiciones industrialmente o técnicamente estratégicas, para poder determinar si los obreros en cuestión percibían o no sus oportunidades y si hacían o no todo lo que podían con ellas, y poder explicar, finalmente, por qué hacían cuánto hacían, ni más ni menos (Womack, 2007: 51).

Aunque acto seguido, Womack no pueda con su genio, y afirme que este punto de vista afecta a todas las otras perspectivas desde las que se venía abordando el estudio del

⁵ Jaros, Stephan (2010) "The Core Theory: Critiques, Defences and Advances", Paul Thompson y Chris Smith (ed.) *Working Life. Renewing labour process analysis*, Londres: Palgrave – Mcmillan, pp. 70-90.

trabajo (culturales, morales, sociales, comerciales, políticas, legales, religiosas, ideológicas).

Womack mismo, seamos sinceros, no logra ofrecer ningún análisis concreto que ilumine las enormes potencialidades que advoca para su (¿su?) nuevo (¿nuevo?) enfoque. Con todo, su insistencia en la necesidad de estudiar las relaciones técnicas de las industrias diferenciándolas (analíticamente, claro está, mediante la abstracción) de las relaciones sociales; de dilucidar la sincronización temporal y espacial de las mismas; de detectar las insalvables desigualdades técnicas del proceso laboral que los trabajadores ponen en movimiento; es de una enorme (aunque conocida pero por cierto un tanto olvidada) importancia. Es en este sentido que puede postularse la hipótesis de que los linotipistas conservaron una posición estratégica en la industria gráfica durante buena parte del siglo XX más allá de su efectiva descalificación.

Segunda parte: la industria gráfica, los obreros, la conflictividad

Esta segunda parte retoma algunas de las ideas discutidas previamente para explorar los posibles nexos entre procesos de trabajo, organización de la industria, conflictividad y movilización obrera. Mientras que acepta que el régimen de producción es un fundamento esencial, descarta que exista una correspondencia precisa entre dicho régimen y los patrones de conflictividad. Comparte la tesis de la tendencia a la descalificación de la fuerza de trabajo pero rechaza la asociación estrecha entre calificación y poder y se inclina por el enfoque que reivindica la existencia de posiciones estratégicas no reducibles a la calificación. Liga la lucha salarial al análisis del proceso de trabajo como una expresión de la disputa en torno a la relación retribución / esfuerzo. Por último, persigue el análisis de la conflictividad latente como una manifestación más del antagonismo estructural en que se fundan las relaciones sociales capitalistas.

El grueso de la documentación consultada hasta el momento está constituida por los censos industriales, los reglamentos de tarifas y convenios del sector periodístico y el sector obra de los años 1940, 1944, 1945, 1946 y 1950; la documentación existente sobre las negociaciones colectivas de los años 1954, 1956, 1957 y 1958; y documentación sobre los conflictos generales de la rama de los años 1949 y 1956.

a) Estructura y base técnica de la industria gráfica en las décadas del cuarenta y cincuenta

La primera meta de la investigación fue la identificación de la estructura y la base técnica de la industria gráfica durante las décadas del cuarenta y cincuenta.

Comparando los censos industriales de 1935, 1946, 1950 y 1954 se pone de manifiesto, tanto el crecimiento experimentado por la industria entre 1935 y 1946, como la posterior declinación de la mano de obra ocupada en ella (cuadros 1 y 2).

Cuadro 1: Resumen General de la Industria Gráfica - Todo el país.

Años	n° establecimientos	n° obreros ocupados
1935	2408	27024
1946	3439	52213
1950	3340	46107
1954	4643	42547

Cuadro 2: Imprentas y publicaciones - Todo el país.

años	n° establecimientos	n° obreros ocupados
1935	2194	20181
1946	3056	34632
1948	2883	31296
1950	2772	29080
1954	3691	25635

Fuente: Censos industriales de 1935, 1946, 1950 y 1954.

En la base de este comportamiento, más allá de los adelantos tecnológicos, se encontraría la fuerte crisis de la industria editorial española causada por la guerra civil, primero, y su posterior reactivación a partir de la estabilización del régimen franquista. En Capital Federal, el crecimiento entre 1935 y 1946 es igualmente notorio (cuadro 3).

Cuadro 3: Imprentas, litografías y talleres de encuadernación. Capital Federal.

Años	n° establecimientos	n° obreros ocupados
1935	637	10228
1946	1035	20017

Fuente: Censos industriales de 1935 y 1946.

Es significativo, a su vez, que la producción de “Papel y Cartón” sigue un patrón diferente (cuadro 4). Mientras que acompaña el crecimiento general de la industria gráfica entre 1935 y 1946, luego se mantiene gracias a los impulsos de la demanda del público y de otras industrias que utilizan sus productos como materia prima, o para el embalaje y comercialización de sus mercancías.

Cuadro 4: Papel y Cartón - Todo el país.

años	n° establecimientos	n° obreros ocupados
1935	214	6843
1946	524	17581
1948	543	17014
1950	568	17027
1954	952	17912

Fuente: Censos industriales de 1935, 1946, 1950 y 1954.

Las grandes diferencias en los tamaños de los establecimientos, algunos de los cuales no ocupaban siquiera personal asalariado, era un factor que influía en la heterogeneidad de la rama. No he obtenido datos para la década de 1940 y 1950, pero el censo de 1935 puede ofrecer una aproximación: 69,4 % de los establecimientos de todo el país ocupaban hasta cinco obreros y sólo 34 establecimientos empleaban más de cien. A su vez, mientras que las unidades productivas más grandes representaban solamente el 1,41% del total, ocupaban el 40,5 % de la fuerza de trabajo de la rama.

Por último, es necesario detenerse un momento en el análisis de uno de los rasgos más relevantes de la organización de la rama: las diferencias existentes entre el sector obra y sector periodístico.

Como muestra en detalle Damián Bil, una serie de adelantos tecnológicos habían hecho posible que en la década del treinta la producción de diarios adquiriera masividad: la modernización de las grandes rotativas, el perfeccionamiento de las técnicas de litografía offset que permitía la impresión sobre papeles más baratos, el huecograbado que mejoraba la calidad de las grandes tiradas. Todo ello fortaleció al sector de diarios, periódicos y revistas. Aunque no dejaron de beneficiar a otros sectores de la industria ya que la evolución de las técnicas de fotocromado y el desarrollo de las máquinas rotativas de hueco-offset a varios colores, mejoraron y abarataron la composición y la reproducción de imágenes.⁶ Según Bil, para 1939 el 23,29 % de la rama se dedicaba a la producción de diarios y revistas y utilizaba el 43,21 % de la potencia instalada. Estos datos permiten apreciar la incidencia de la tecnología en el sector. El diario La Nación, por ejemplo, a la vanguardia de la prensa argentina, había incorporado cinco gigantes rotativas Goss en 1920, adoptado el huecograbado para las ediciones dominicales en 1925, e inaugurado un taller con ocho equipos de galvanoplastia oriundos de la casa W. Canning & Co. Ltda, de Birmingham, y siete rotativas de la R. Hoe Limited, construidas especialmente en Londres, en 1931.⁷ Finalmente, no pueden dejar de mencionarse los logros obtenidos en las técnicas de doblado e intercalado de los pliegos lo que permitió la eliminación del armado manual y la producción de periódicos listos para la distribución.

Pero más allá de todos estos adelantos, sobre todo en la producción editorial y de periódicos, la base técnica de la composición de textos continuó siendo la composición mecánica mediante la utilización de máquinas linotipo o monotipo.

Muchas de las mejoras técnicas que contribuyeron a aumentar la productividad de los operarios de las máquinas linotipo (fabricada por la Mergenthaler Linotype Company) y de su principal competidora la Intertype (producida por la International Typesetting Machine Co. bajo idénticos principios tecnológicos y de diseño que la primera) se produjeron antes de los años cuarenta. Estas mejoras permitieron, sin duda, importantes ahorros en costos (porque el operario podía ensamblar partes sin necesidad de un técnico maquinista) y en tiempo (porque incorporaron simultaneidad de operaciones de manera automática). Por ejemplo, las linotipos fueron equipadas con distribuidores

⁶ Un producto que permite observar la calidad alcanzada con estos adelantos técnicos: *75 años Jacobo Peuser*, publicado por Taller Gráfico Peuser el 18 de abril de 1942.

⁷ Gambier, Marina (1999) “La Nación, más que noticias”, *La Nación*, edición del 28 de noviembre.

plurales, que operaban y luego distribuían simultáneamente las matrices de dos o más cajas. Pero tanto la linotipo como la intertipo seguían siendo familiares para un trabajador de principios de siglo. Básicamente, el operario seguía encontrándose frente una caja de matrices (almacén o *magazine*), un teclado para seleccionar dichas matrices, un mecanismo para el fundido de las líneas de tipos y un mecanismo de distribución que retornaba las matrices al almacén de manera automática.⁸ Y la situación seguiría siendo la misma en las dos décadas siguientes: adelantos graduales que respetaban la matriz básica de operaciones. Es más, una de las primeras máquina de fotocomposición, la *Fotosetter* producida en 1946 por Harris Intertype, seguía siendo casi idéntica en su diseño a la linotipo. Contaba con un almacén de matrices (ahora fotomatrices), un teclado para seleccionarlas y un dispositivo de doble distribución para devolverlas a los almacenes correspondientes. Solo que en lugar del crisol y la rueda molde para la fusión de las líneas tipográficas tenía ahora un sistema fotográfico que reproducía los signos de las fotomatrices sobre material fotosensible. Una de sus ventajas era que cualquier linotipista podía aprender con enorme facilidad su manejo.⁹ En síntesis, las tareas de los linotipistas mantuvieron una marcada continuidad en la época.

En otras ramas, los avances fueron más significativos pero es difícil reconstruirlos con precisión. Tampoco es sencillo describir los procesos de trabajo y las tareas con el mismo detalle que sería posible hacerlo para el caso de los linotipistas. Sin embargo, en términos generales, puede afirmarse que se destacaron más por la repercusión inmediata que tuvieron sobre la productividad que por la transformación radical de las tareas de los operarios. Lo que no significa que en algunas ramas (litografía, rotograbado, encuadernación) se profundizara la maquinización de las tareas, ya sea por la extensión de técnicas en uso en la industria, ya sea por la incorporación de nuevos métodos y maquinarias. Continuaron los avances en las rotativas de los diarios; se generalizaron y perfeccionaron las máquinas automáticas Miehle que a principios de la década del cuarenta ya estaban en condiciones de producir hasta 3000 impresiones por hora; se desarrollaron las máquinas de impresión y troquelación simultánea. En la rama de

⁸ Ver *Lynotype Maintenance Manual*, Brooklyn: Mergenthaler Linotype Company, 1951. También Parenti, Luis (1972) *Linocomposición*, Barcelona: Don Bosco y Martín, Euniciano (1974) *La composición en las artes gráficas*, Barcelona: Don Bosco.

⁹ En Europa es utilizada por primera vez industrialmente en 1949. En nuestro país, prácticamente no fueron utilizadas hasta los sesenta. Su principal competidora, la Mergenthaler Linotype recién presentaría al público un primer modelo de esta naturaleza en 1954, la Linofilm (que contaba con cinco almacenes de matrices). Ver Tonello, G. (1974) *Fotocomposición*, Barcelona: Ediciones Don Bosco.

litografía, por ejemplo, siguió perfeccionándose la técnica offset, sobre todo en los años cincuenta con el perfeccionamiento de las planchas para el huecograbado. Tanto en litografía como en rotograbado las mejoras en las máquinas rotativas de impresión simultánea de cuatro o más colores produjeron no solo incrementos de productividad sino también avances de calidad. Pero se trató más de una etapa de desarrollo por acumulación sobre idénticas bases y principios técnicos que de una etapa signada por saltos tecnológicos. En este sentido, el convenio colectivo 138 de 1950 es un buen indicador del horizonte tecnológico del período.

La nueva revolución en los procesos de trabajo en la rama gráfica comenzó más tarde, en la década del sesenta, cuando se expanden la composición en frío y la fotocomposición que finalmente terminaría por sustituir la composición mecánica. Estos cambios fueron acompañados, además, por el mejoramiento de las planchas de impresión, la impresión litográfica offset, y paulatinamente, por la introducción de la electrónica que desembocó luego en la computarización de los procesos de composición e impresión. Aunque algunas de estas técnicas y procedimientos eran conocidos, hasta el punto de haberse experimentado y desarrollado prototipos en la década del treinta, no se habían adaptado lo suficiente como para superar la eficiencia de los métodos ya en uso y generalizarse en la rama.¹⁰ Pero esto vendría inmediatamente después. A lo largo de las décadas del cuarenta y cincuenta, momento en que se concentra nuestra investigación, la base técnica de la industria correspondía todavía para la composición al predominio de las máquinas Intertype Modelo C (y derivados posteriores) y la Linotipo Relámpago 31 y 32.

Por ello, pueden postularse la hipótesis de que aquellos que manejaban estas máquinas, los linotipistas, ocupaban en términos de Womack una posición estratégica en la rama. El proceso productivo de la industria gráfica estaba escasamente integrado si lo

¹⁰ Si el convenio de 1950 es un indicador del horizonte tecnológico de los años 1940 y 1950, las modificaciones propuestas al mismo en 1971 por la FGB indican la transformación en ciernes en los sesenta. Expresaban la preocupación del gremio por el impacto negativo que sobre la ocupación de los obreros gráficos estaba teniendo la introducción de máquinas que operaban con el sistema de cintas perforadas (por ejemplo, las máquinas ultrarrápidas Monarch de la compañía Intertype y la Elektron de la empresa Linotype, las cuales podían elevar la producción a 900 ciclos -composición, fundición, distribución - por hora) y la fotocomposición (máquinas TTS e IBM utilizadas en la composición directa o sistema electrónico) (Ver *El Obrero Gráfico*, 488, enero – febrero, 1971, pp. 7-13 y *El Obrero Gráfico*, 489, marzo – abril – mayo, 1971, pp. 19-21). En el anteproyecto de 1972 el gremio propuso la reorganización de las ramas (renombrando y unificando, por ejemplo, a las ramas Preparación Litográfica e Impresión Litográfica en la nueva rama Offset) y acuñó nuevas categorías tales como la de Codificador IBM o fotocomponedor y/o operador/a TTS, entre otras, para dar cuenta de los cambios tecnológicos (*El Obrero Gráfico*, 495, noviembre, 1972, pp. 6-20).

comparamos con otras áreas. Era más bien la sumatoria de procesos con un alto grado de autonomía: la composición (de textos e imágenes), la impresión, la encuadernación. Pero aún así, la interrupción de la composición del texto tendía a desarticular el trabajo de otras secciones de manera más directa y más rápida. Es decir, paralizaba a un número mayor de obreros. Aunque no se trataba de los operarios más calificados en la industria, sus conocimientos jugaban cierto papel. Señalamos ya que Bil ha enfatizado la descalificación producida a principios de siglo con el fin de la composición manual a cargo del viejo tipógrafo. Se puede aceptar dicha afirmación y aún así reconocer las habilidades que aún requería el trabajo de una máquina linotipo. Primero y elemental, no debe menospreciarse la importancia del conocimiento del idioma y las reglas de ortografía; segundo, un linotipista versado no solo componía textos en prosa sino que debía aprender a componer una amplia variedad de líneas necesarias para confeccionar titulares, índices, poesía, innumerables tablas, avisos comerciales, estadísticas, formularios, trabajos en idiomas extranjeros, etc. Pero es importante tener en mente que la calificación es solo un elemento más de la configuración del poder de cualquier operario. Otros trabajadores como los tipógrafos, los maquinistas de las rotativas de los diarios o aquellos que producían y componían imágenes poseían, quizás, una mayor calificación que un linotipista y en ocasiones gozaban de mejores salarios, pero no ocupaban la misma y generalizada posición en la rama.

b) Conflictividad

Pero una cosa es esbozar la estructura de una industria, reconstruir ciertos procesos de trabajo, postular una hipótesis acerca de las posiciones estratégicas ocupadas por determinados obreros, y otra muy distinta, dilucidar cómo se vincula todo ello con la conflictividad de la rama. Debo confesar que no he vislumbrado ningún patrón determinado para la conflictividad laboral en la industria, ni he podido establecer relaciones precisas entre base técnica y luchas obreras. Por el momento, solo me es posible señalar a grandes rasgos, que las dos huelgas generales del período tuvieron como eje los convenios colectivos de trabajo y el salario, mientras que las huelgas en los establecimientos (que aquí no se analizan) giraron alrededor de una variedad mayor de demandas. Nada muy excitante por cierto.

Dos elementos de otro orden deben ser incorporados al análisis. En primer lugar, que en 1940 la Federación Gráfica Bonaerense (en adelante FGB) se encontraba fortalecida

luego del proceso de reagrupación de las distintas corrientes político-sindicales producida en el gremio entre 1938 y 1939.¹¹ Quizás el hecho más importante fue la reincorporación de los *sindicalistas* que habían formado en 1928 la Unión de Linotipistas, Mecánicos y Afines bajo la dirección de Sebastián Marotta. Esta división era significativa porque había debilitado justamente al grupo que detentaba una posición estratégica dentro de la industria. También sumaron sus fuerzas los comunistas reformistas de la Federación Obrera Gráfica Argentina; y el pequeño Sindicato Autónomo de Cartoneros. Igualmente, militantes anarquistas moderados (como Luis Danussi) se plegaron a este proceso de confluencia con el grupo de dirigentes socialistas (aunque no necesariamente afiliados al partido) que se habían mantenido dentro de la organización y que aportaron, hasta el triunfo del peronismo en 1947, al grueso de los Secretarios Generales y Adjuntos del gremio. Bil plantea que este proceso fue facilitado por la expansión del régimen de gran industria, lo que comparto.¹²

El segundo elemento es que a este reagrupamiento le siguieron dos campañas: una campaña por la “reimplantación” de los contratos colectivos de trabajo que habían dejado de aplicarse en la industria y otra, en forma paralela, para la organización de comisiones por rama y comisiones internas. La meta era terminar con las diferencias salariales para igual tarea y las violaciones de la jornada de trabajo¹³. Hasta 1950, cuando la FGB cierra el primer convenio único nacional para toda la industria, los acuerdos alcanzados fueron de tipo sectorial: con el sector obra en 1940, 1943, 1945 y 1947; fotograbado en 1940, 1942, 1944 y 1945; cartoneros en 1942, 1944 y 1946; fabricación de bolsas de papel y tintas de imprenta en 1946. El primer acuerdo con el sector de periódicos, editoriales y revistas fue alcanzado recién en 1944 y renovado en 1945 y 1947.¹⁴ En ellos el gremio obtuvo las mejores condiciones relativas de la industria a pesar de que estos empresarios habían sido los más resistentes en la época a las demandas obreras. Precisamente por ello la campaña de organización había tenido

¹¹ Luego de la huelga de 1949, FGB fue subsumida en la Federación Gráfica Argentina creada por la intervención del gremio el 8 de junio de 1949. Luego del golpe de 1955, se pedirá el cambio de nombre por el de Federación Argentina de Trabajadores de la Imprenta (FATI). En la carátula del convenio 75/58, figura bajo este nombre aunque aún no le había sido restituido oficialmente como se desprende de las actas. La FATI había sido fundada en 1941.

¹² Para este proceso: Ghigliani, Pablo (1998) “La Federación Gráfica Bonaerense y la irrupción del peronismo”, *Cuadernos del CISH*, 4, segundo semestre, La Plata: Facultad de Humanidades, pp. 77-118 y Di Tella, Torcuato (2003) *Perón y los sindicatos*, Buenos Aires: Ariel. Ver también: Cimazo, Jacinto y Grunfeld, José (1981) *Luis Danussi*, Buenos Aires: Editorial Reconstruir.

¹³ *El Obrero Gráfico*, 287, marzo, 1940.

¹⁴ Ver *Unidad Gráfica*, 9, Febrero de 1947; *Unidad Gráfica*, 17, julio de 1949; *El Obrero Gráfico*, 350, noviembre, 1946.

como prioridad al sector de diarios y revistas, en franco crecimiento desde hacía más de una década, y sin embargo, el de más frágil organización gremial. Años más tarde, una evaluación retrospectiva publicada en *El Obrero Gráfico* afirmaba refiriéndose al sector: “dónde no había casi nada se elevó uno de los más extraordinarios puntales de nuestro sindicato”.¹⁵

Una primera conclusión, entonces, es que muchos de los conflictos (latentes y en menor medida abiertos) de la década del cuarenta fueron sectoriales y estuvieron ligados a esta política gremial entre cuyos objetivos básicos estaba la constitución misma de la rama como objeto de negociación colectiva unificada.

Por otra parte, la comparación entre el primer petitorio obrero de la década (el Reglamento de Trabajo y Tarifas y Salarios aprobado por asamblea general del gremio para el sector obra en octubre de 1940) y el acuerdo final alcanzado (la Tarifa de Salarios Mínimos para los Obreros Gráficos negociada con la Sociedad Artes Gráficas de la Unión Industrial Argentina y la Sociedad de Industriales Gráficos de la Argentina) ilustra la distancia existente entre los logros y las aspiraciones salariales de los obreros. Esta brecha se mantuvo hasta el convenio de 1950. Su combinación con las disputas políticas entre la vieja conducción desplazada y la nueva dirigencia peronista contribuye a entender la dureza de la huelga general de 1949. El acuerdo también expresa el fracaso gremial, en ramas como Litografía, por vincular los salarios al tipo de maquinaria utilizada; por el contrario, solo ofrecía unas pocas especificaciones genéricas sobre tareas. Finalmente, la comparación insinúa las diferencias existentes entre el poder de negociación de las distintas especialidades. Por caso, los linotipistas obtuvieron el 90,9 % de lo pedido en el petitorio original, más que los otros operarios de la rama Composición Mecánica, tales como monotipistas (88,88 %) u operadores de Ludlow (81,25 %). Obreros tanto o más calificados que los linotipistas, tales como los tipógrafos (86,1 %) o los maquinistas de rotativas en colores (80 %), también quedaron rezagados en la negociación, aún cuando sus salarios pudieran ser incluso más altos. Un caso especial es el de los encuadernadores. En dicha rama, en proceso de crecimiento, los operarios de primera obtuvieron el 100 de lo solicitado. Pero ello se explica por el atraso salarial que los constituía en uno de los grupos peor pagos dentro de la industria, si exceptuamos a las ramas marginales como fabricación de sobres, bolsas, o algunas

¹⁵ *El Obrero Gráfico*, 346, mayo, 1946.

categorías de cartoneros. Todavía en 1949 el retraso salarial del sector era notable. Por tanto, parece confirmarse la hipótesis acerca del poder que los linotipistas derivaban de la posición estratégica que ocupaban en la industria en la época.

A su vez, la comparación entre los convenios del sector periodístico (1944), sector obra (1945) y cartoneros (1946) descubre la heterogeneidad de la rama.

Por un lado, deja en claro las diferencias salariales existentes todavía en los distintos sectores para idénticas especialidades. El convenio del sector periodístico establecía que ningún obrero perdería beneficios superiores acordados previamente con la patronal. Para esos casos estipulaba un aumento salarial del 5 % por sobre los salarios percibidos salvo para las remuneraciones superiores a los 350 pesos mensuales. Los tipógrafos y monotipistas ganaban por convenio significativamente más en el sector periodístico que en obra; no así los linotipistas cuyos salarios de convenio eran similares en ambos sectores. El convenio especifica, incluso, que las empresas que abarquen tanto obra como diarios (o periódicos, o revistas) debían aplicar la tarifa correspondiente al mayor volumen de trabajo del establecimiento y evitar la competencia desleal aprovechándose de las diferencias en los precios de la mano de obra.

Por otro lado, la comparación pone también de manifiesto las diversas composiciones técnicas de sus planteles. El convenio del sector obra estipula 217 categorías o especialidades, contra 74 en el sector periodístico y poco más de treinta en la rama de cartoneros.

De conjunto, además, la consulta de todos estos convenios, más el convenio único para toda la rama de 1950, permiten arribar a algunas conclusiones adicionales.¹⁶

En términos generales, confirman el análisis de la sección anterior. La existencia de una base técnica común (asentada sobre la composición técnica mediante la utilización de máquinas linotipo, monotipo, ludlow y tipograph) en la se destacan ciertos progresos tecnológicos, pero que no alteran el equilibrio de conjunto. Entre ellos, la modernización de las rotativas; la incorporación masiva de nuevas máquinas para impresión tales como las Miehle; la creación de la rama de Rotograbado en reemplazo

¹⁶ El Convenio Colectivo 138/50 terminó rigiendo casi sin alteraciones las condiciones de trabajo y las categorías de la rama hasta 1971.

de la rama de Huecograbado que testimonia los avances en la composición de imágenes; los avances técnicos de la rama Encuadernación.

A su vez, y más importante, ponen en evidencia las divisiones sectoriales que afectaban la organización de la rama, divisiones que el convenio único apenas disimula. En especial, la división entre el sector obra y el periodístico, que devendría una de las determinaciones centrales de la dinámica y la forma de los conflictos (latentes y abiertos) durante la década del cincuenta.

El convenio 138/50 fue la superación de los convenios anteriores. Contenía no solo una más detallada especificación de las categorías, sino una reorganización general de su sistema clasificatorio que incluía al conjunto de las ramas en un cuadro único de trece categorías que atravesaban transversalmente la industria. Este último aspecto era la gran conquista del gremio. Integraba las distintas ramas y permitía que el poder de negociación de los grupos más fuertes dentro de la industria repercutiera a favor del conjunto. Se trataba de un complejo tarifado que combinaba en realidad dos tipos de categorías: las trece que definían los niveles salariales (que iban de la letra A a la M), y las 366 categorías numéricas correspondientes a distintas especialidades del sector obra, del sector periódicos, revistas y editoriales (y otros).¹⁷ El convenio incluía un “Cuadro Demostrativo de Sueldos por Categoría y por Rama”, desplegable, que integraba ambas clasificaciones en lo que en el gremio se conocía como “Planilla de Jerarquización”. El acuerdo fue el resultado de complejas y largas negociaciones. La resistencia de la patronal solo fue vencida mediante la intervención personal de Evita.¹⁸ Parecía indicar el fin de las diferencias sectoriales. En 1952, el reajuste salarial fue alcanzado rápidamente sobre los lineamientos establecidos en el Plan Económico de 1952 (acta 28/3/52) y el convenio se mantuvo intacto. Pero a partir de 1954 se reinstaló el conflicto en la industria por la diferencia existente entre las ofertas del sector obra y el sector periodístico.

¹⁷ Tales como “Papel Heliográfico, parafinado e impermeabilizado en general”, “Sobres”, “Celofán”, “Envases de Papel”, “Sellos de Goma”, “Fotoquímica y Calcomanía” y “Direcciones y Adrema”. En 1953, un sector de la rama de cartoneros adhiere a la Resolución N° 80/53 de la Comisión Arbitral de la Confederación General del Trabajo que en su artículo 1 señalaba que los personales armadores de cajas de cartón o bolsas de papel, que no realizaran ninguna impresión gráfica debían encuadrarse en la Federación de Obreros y Empleados de la Industria del Papel, Cartón, Químicos y Afines.

¹⁸ Acta del 17 de mayo de 1950. En Federación Gráfica Argentina (1954) *Convenio 138/50. Reajuste 1954*, p. 60.

Las negociaciones se estiraron entre abril y junio de 1954 y desnudan la táctica que aplicarían los representantes sindicales hasta fines de la década: cerrar rápidamente el mejor acuerdo salarial posible con alguno de los sectores e imponérselo al resto aferrándose a la necesidad de mantener el convenio único por rama. En 1954, además, corrían con la ventaja de que la defensa del convenio único contaba con el apoyo gubernamental. El razonamiento de la delegación sindical en las paritarias consistía en que de no alcanzarse idéntico acuerdo se alteraría la tranquilidad de los obreros así postergados y se pondría en riesgo la solución armoniosa del conflicto. La patronal del sector obra, por su parte, defendía su negativa en base a las diferencias existentes entre las estructuras y los negocios de ambos sectores. Argumentaba, primero, que ocupaba muchos más obreros que el sector periodístico, el cual empleaba apenas un 10 % de las especialidades categorizadas en el convenio; segundo, que sus procesos de trabajo incluían una diversificación de máquinas y procedimientos mayor mientras que el sector periodístico se limitaba al alto rendimiento del sistema rotativo de gran velocidad; tercero, y fundamental, que los diarios y revistas no vendían impresos sino espacios publicitarios y por lo tanto no existía relación alguna entre los costos respectivos de la mano de obra en los sectores; y cuarto, que la actividad periodística estaba exenta de impuestos¹⁹. Si la táctica gremial fue exitosa para obligar a la patronal a elevar sustancialmente su bajísima oferta inicial, no evitó que se ubicara por debajo de lo ofrecido por el sector periodístico.

A finales de 1955 nos encontramos con idéntica dinámica. En esta oportunidad, mediante la negativa a trabajar horas extras, primero, y paros parciales en los talleres de obra, luego, el sindicato reclamaba la equiparación de sueldos de los operarios del sector obra y del sector periodístico, desfasados como producto del último reajuste.²⁰ La patronal se quejó oficialmente ante las autoridades porque el gremio recurría nuevamente a la táctica de arreglar por separado con el sector periodístico para presionar luego al sector obra. En 1956, el gremio rechazó la pretensión explícita de los industriales de negociar acuerdos separados; sin embargo, a mediados de 1957, firmó una convención colectiva salarial con diarios y editoriales.²¹ A finales de 1958, FAIGA,

¹⁹ Expediente n° 2476/54, folio 58, Archivo Intermedio, Convenios Colectivos, Caja n° 98.

²⁰ Expediente 27.942/55, folio 82, Archivo Intermedio, Convenios Colectivos, Caja n° 102.

²¹ *El Obrero Gráfico*, 422, setiembre, 1956; Convenio 9/57, Ministerio de Trabajo y Previsión – Dirección Nacional de Trabajo y Acción Social Directa, Acta entre Asoc Editores de Diarios y FGA, 1957. Archivo Intermedio, Convenios Colectivos, Caja n° 125. Las empresas que firman son: La Prensa, La Nación, Clarín, El Mundo, Democracia, El Laborista, Noticias Gráficas, La Razón, Crítica, Freie

el nucleamiento de los empresarios del sector obra volvía a solicitar como condición de la paritaria “la separación total y absoluta, en las negociaciones del convenio laboral, de la industria gráfica de obra y de la actividad periodística, de características funcionales y posibilidades económicas fundamentalmente distintas”. Como de costumbre, los representantes sindicales rechazaron de plano el pedido “por no justificar tal separación ninguna razón técnica, económica ni humana”.²² No obstante, la novedad en esta oportunidad fue la inversión de los roles. El sector obra accedió rápidamente a un acuerdo salarial provisorio en diciembre de 1958, a cuenta del futuro convenio que finalmente se cerró en marzo del año siguiente. Por el contrario, el sector periodístico se negó a suscribir los acuerdos. Alegaba la existencia de acuerdos sectoriales en la industria. Aunque los representantes sindicales lo reconocían, señalaban que se trataba de acuerdos de carácter transitorio por lo que se negaban a firmar un convenio colectivo inferior al conseguido por otro sector del gremio. El conflicto volvía a instalarse siguiendo la misma lógica. Una asamblea de personales de diarios rechazó incluso la fórmula conciliatoria propuesta por el Ministerio de Trabajo. Finalmente, los grandes diarios aceptaron el acuerdo alcanzado por el gremio con el sector obra dividiendo a la patronal del sector periodístico. Aislada, la representación de los diarios del interior se ve obligada a firmar el acuerdo bajo disconformidad, anunciando en el mismo acto que serían finalmente los empresarios los que evaluarían la posibilidad o no, de afrontar los aumentos.

Estas idas y vueltas indican la existencia de una conflictividad latente (que a veces derivaba en acciones directas acotadas durante las negociaciones de los convenios) vinculada a que distintos sectores establecían pisos desiguales para la retribución de idénticas tareas y esfuerzos equiparables.

Hubo también en el período dos grandes huelgas generales: 1949 y 1956. Su reconstrucción está fuera del alcance de esta ponencia.²³ Pero es importante detenerse un instante en el papel jugado en ambos acontecimientos por la división de la rama entre sector obra y sector diarios. Aunque esta división no determine el origen de las huelgas,

Presse, Alemann y Cia, Buenos Aires Herald, El Pueblo, The Standard, Diario Israelita, Di Presse, El Cronista Comercial, El Avisador Mercantil, Jurisprudencia Argentina y La Ley.

²² Ambas citas de Expediente 1016/58, folio 21, Archivo Intermedio, Convenios Colectivos, Caja n° 131.

²³ La huelga gráfica de 1949 ha sido estudiada por Ghigliani (1998) *op. cit.* Investigaciones más actualizadas y modernas sobre la huelga en Guindi, Leticia (2003) “La huelga de los trabajadores gráficos en 1949. Análisis particular de un conflicto gremial durante el peronismo”, *IXº Jornadas Interescuelas de Historia*, Córdoba, y Contreras, Gustavo (2007) “De todos modos las rotativas pararon. La huelga de obreros gráficos, 1949”. *Historiapolítica.com* (<http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/contreras1.pdf>).

es imposible entender la forma y dinámica de las mismas sin esta variable. En los dos casos, ante la prolongación de la huelga, encontramos a los órganos que lideran los conflictos, decidiendo la parcialización de las acciones. En la jerga de los representantes y militantes sindicales de la rama gráfica, ello significaba acotar el alcance de la huelga a algunos de los sectores de la industria.

En 1949, fue la Comisión Coordinadora de las Comisiones Internas la que luego de treinta y cinco días de huelga tomó la decisión de parcializar la huelga. La iniciativa, en realidad, buscaba adelantarse a las deserciones que empezaban a insinuarse, en su mayoría en el sector periodístico. En ese contexto y en medio de un fuerte clima represivo, la Comisión decidió que las comisiones internas entablaran negociaciones directas en sus lugares de trabajo.

En 1956, luego de doce días de huelga, el Ministerio de Trabajo y Previsión comenzó a presionar sobre el gremio para que levantara las medidas de fuerza en los diarios. La cartera laboral argumentaba, además, que la huelga no tenía sentido alguno en el sector porque los empresarios estaban dispuestos a contemplar las aspiraciones de los trabajadores. En principio, la dirigencia sindical rechazó la posibilidad de cerrar un acuerdo separado para no legitimar la división del gremio en sectores, pero propuso a la asamblea la parcialización de la huelga manteniendo las medidas de acción directa solo en los talleres hasta la obtención de un convenio de alcance general. La táctica era la misma que en los conflictos latentes de la época: dotar a la patronal del sector diarios de la representación del conjunto para forzar luego al sector obra. Pero como en la huelga general de 1949, la decisión estaba motivada, en lo fundamental, por una evaluación negativa de las posibilidades del gremio de sostener la huelga en los diarios dónde los obreros gozaban altos salarios, jornadas más cortas y mejores condiciones. Y en dónde comenzaban las primeras deserciones.

c) *Recapitulación: dos párrafos finales*

La reformulación de la meta original de la investigación me condujo a reducir el foco del estudio a la influencia de la división sectorial de la industria sobre la conflictividad y la movilización obrera. En este sentido, considero que la ponencia alcanza sus objetivos. Por un lado, demuestra que el establecimiento de pisos salariales distintos para trabajos y esfuerzos idénticos cumplió un papel relevante en la conflictividad latente en la rama durante la década del cincuenta; y por el otro, registra el papel jugado por la

organización de la industria en la dinámica de las huelgas generales de 1949 y 1956. Por falta de espacio, este último aspecto ha quedado al nivel del simple registro. Queda para la próxima una descripción precisa acerca de cómo operaba esta división sectorial en la configuración de las tácticas de los dirigentes y la formas asumidas por la movilización.

En el plano teórico, las conclusiones son más tentativas. Comparto el horizonte general del libro de Damián Bil. Seguramente, si incorporáramos los últimos cincuenta años de evolución tecnológica en la industria gráfica, seguramente la tendencia y la lógica que atrapa tan magistralmente Karl Marx en *El Capital*, recobrarían toda su fuerza analítica. También el planteo de Braverman. Otra tarea pendiente para la próxima. Pero creo que para el marco temporal y analítico de este estudio el esquema de John Womack Jr. mostró ser fructífero, en particular, si lo comparamos con la estrecha vinculación que establece Bil entre calificación y poder. Por último, pienso que la incorporación de aquellas situaciones conflictivas de orden general pero que no culminaron en conflictos abiertos enriqueció a la investigación. Una buena recomendación metodológica que se desprende de las discusiones alrededor del núcleo duro de la teoría sobre procesos de trabajo.

Referencias bibliográficas

Womack Jr. John (2007) *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*, México: Fondo de Cultura Económica.